

## El Papa que abrió paso a una nueva primavera

**E**n la historia de la Iglesia, hay momentos en que el Espíritu sopla con tanta claridad que no hace falta explicarlo: basta con abrir el corazón, extender las manos, dejarse llevar y caminar juntos. El pontificado del papa Francisco ha sido uno de esos momentos.

Por sobre sus salidas de protocolo con tanta libertad, su origen latinoamericano, y haber sido el primer papa jesuita, entre tantos gestos que nos regaló, fue su vida y sus palabras las que resonaron en nuestro corazón y vocación de religiosos y religiosas. En él, sentimos que la Iglesia volvió a hablar nuestra lengua: la de los pueblos, la de los pobres, la del Reino. Esto nos hacía falta.

Desde su primer gesto –aquel pedido de bendición al Pueblo de Dios en la noche del 13 de marzo de 2013– hasta sus últimas fuerzas entregadas en la plaza de San Pedro, el Domingo de Pascua, al clamar y anhelar la paz para el mundo, ese acto magnánimo expresó una vez más, su mensaje constante de fraternidad y sinodalidad hasta el final.

De esta manera, Francisco nos ha invitado con fuerza y ternura a ensanchar la tienda, como dice Isaías (Isaías 54, 2). Y no como un mero esfuerzo pastoral, sino como un modo de ser Iglesia: abierta y en salida, itinerante y dialogante, despojada de poder y frágil como su apariencia, en una silla de ruedas.

Para la vida consagrada y la Iglesia de Chile –en sus múltiples rostros, carismas y experiencias– su pontificado no fue un tiempo de calma, sino de desinstalación y exigencia fecunda. Nos llamó a salir de la autorreferencialidad y del confort institucional. Nos recordó que el centro no es la estructura, sino el seguimiento de Jesús. Los pobres, predilectos del Señor hoy, no son solo objeto de caridad; por una parte, son sujetos de sus pro-

pías vidas –a quienes los animó a seguir organizándose en pos de la Tierra, Techo y Trabajo– y, por otra, representan para los religiosos una opción evangélica que exige fidelidad a nuestra consagración en medio de un mundo que los excluye y aísla en las periferias geográficas y existenciales. Baste recordar a los encarcelados y encarceladas que siempre visitó en sus viajes apostólicos.

En tiempos en que muchas comunidades viven procesos de envejecimiento, reducción o cansancio, su palabra nos reanimó. Nos invitó a los consagrados y consagradas a vivir el hoy con pasión, a soñar sin nostalgia ni miedo, a no convertirnos en profetas de desventura, sino en testigos de la esperanza.

Francisco siempre creyó en la vida religiosa como una voz profética dentro de una Iglesia sinodal. La defendió cuando fue cuestionada. La empujó cuando se volvió tibia. Y nos regaló un horizonte: el de una Iglesia que camina con todas y todos, especialmente con los últimos, los “descartados”, una Iglesia que no teme a la fragilidad porque sabe que ahí habita el Resucitado.

Como religiosas y religiosos hemos sintonizado profundamente con este llamado. Desde su reflexión sobre la “vida consagrada en salida” hasta su impulso misionero que no es moda ni consigna, sino evangelio vivo.

Por eso, esta edición especial de *Testimonio* no es un homenaje congelado. Es una confesión agradecida. Un “gracias” que también es compromiso: de seguir caminando, discerniendo, sirviendo, celebrando con alegría y amando con radicalidad.

Porque lo que el papa Francisco sembró en la vida consagrada es un estilo de ser discípulas y discípulos misioneros en esperanza, lo que –seguramente– seguirá siendo el centro de nuestra vocación, ahora guiados por el papa León XIV, quien, junto con Francisco, han sido los dos Papas de órdenes religiosas en los últimos dos siglos, por cuya elección también agradecemos a Dios.

A Francisco, hermano de nuestra historia y profeta del Reino, nuestro testimonio sincero. Y a Dios, que nos lo regaló en esta hora, nuestra alabanza.

RENÉ CABEZÓN YAÑEZ, SS.CC.

Director